

LAS CASAS, BIÓGRAFO DE SÍ MISMO*

María Teresa SILVA TENA

ESTE ENSAYO PRETENDE ser trabajo de interpretación, y no, como podría creerse por su título, un acopio y ordenamiento de los datos que fray Bartolomé de las Casas nos presenta acerca de su vida en la *Historia de las Indias*. Si tratáramos de realizar esto último, no haríamos sino repetir inútilmente una tarea que ya han llevado a cabo personas especializadas en el tema. Lo que nos proponemos hacer aquí es interpretar o comentar dichos datos tomándolos de su fuente misma; tratar de ir más allá de ellos para alcanzar la verdadera fisonomía del autor, no sólo su carácter personal (en el sentido de psicológico), sino su carácter histórico. En suma: queremos encontrar la significación del hecho de su autobiografía y la interpretación, implícita o explícita, que el autor hace de sí mismo, y además descubrir, por el modo como está escrita dicha autobiografía, ciertos supuestos intelectuales de Las Casas.

EL HECHO DE LA AUTOBIOGRAFÍA

El lascasista norteamericano Lewis Hanke nos dice, en su estudio preliminar a la *Historia de las Indias* (t. I, p. xii), que nuestro autor no se molestó en suministrar los datos que necesitaría cualquier biógrafo serio para emprender la tarea de relatar su vida, que estuvo sobre todo ocupado en defender a los indios, y que “evidentemente no se sintió impulsado a escribir una autobiografía”.

En efecto, lo que Las Casas nos cuenta de sí mismo en su libro está muy lejos de ser una autobiografía en el sentido

* Trabajo presentado en el Seminario sobre la *Historia de las Indias* que dirigió el Dr. Edmundo O’Gorman en la Facultad de Filosofía y Letras el año de 1952.—Todas las citas y referencias de este trabajo están tomadas de la excelente edición de Agustín Millares Carlo, prólogo de Lewis Hanke, México, 1951, 3 vols.

moderno de la palabra; es decir, su relato no es, por una parte, ni una serie ordenada y completa de los sucesos particulares que suelen llamarse “datos biográficos”, ni, por otra, un análisis de introspección donde nos describa con minucia sus “estados” de alma, como con seguridad haría un hombre típico de nuestro tiempo o simplemente un temperamento distinto del de Las Casas, como por ejemplo San Agustín. Pero yo me pregunto si el relato que Las Casas nos da de sí mismo, presentándose personalmente en la *Historia de las Indias*, no puede llamarse autobiografía sólo por esas objeciones formales que Hanke hace, y sobre todo, me pregunto si en efecto “no se sintió impulsado a escribir una autobiografía”. El que Las Casas haya hablado de sí mismo en su libro me da la impresión de haber sido profundamente pensado e *intencionado*; y lo que nos cuenta de su persona me parece que ha sido *seleccionado* en el acervo de sus muchos recuerdos personales, selección que obedece, en última instancia, al grado de importancia que el autor concede a esos recuerdos, como probablemente ocurre con los de cualquier hombre que hace una autobiografía. Por otra parte, si Las Casas se nos presenta en persona en medio de su *Historia de las Indias*, es natural pensar que quiso hacerlo, que se sintió impulsado a describir allí lo que considera lo fundamental de su vida (que eso significa, en términos generales, *autobiografía*), aunque no nos cuente, por ejemplo, cómo era la habitación en que transcurrió su infancia, ni, desde luego, nos enteremos por él de muchas particularidades que para nosotros son importantes, pero evidentemente no para el autor.

Además, esas características del relato de Las Casas, esas “ausencias de datos”, según suele decir Edmundo O’Gorman, ¿no son para nosotros preciosas indicaciones que nos descubren más hondamente su manera de ser, como para el paleontólogo los moldes vacíos de ciertas huellas de animales que ya no existen? Debemos suponer que todas esas lagunas que advertimos en la autobiografía de Las Casas no eran tales lagunas para él, sino sólo su voluntad de desviar nuestra atención hacia otras regiones de su persona. Y precisamente lo que a Las Casas le interesa hacernos notar de su vida en la *Historia de las Indias* es lo que llamo su autobiografía, aun-

que no sea un relato completo y ordenado. Porque, en suma, creo que para poder calificar de autobiografía un escrito, sólo se requieren dos condiciones: que el autor escriba sobre su propia vida, y que tras ese afán de escribir haya una intención, una necesidad profunda de hacerlo, en vista de ciertas consecuencias importantes que él cree se derivarán del hecho de la autobiografía; es decir, que el autor considere su vida de tal manera importante para los lectores contemporáneos o futuros, que, de no escribirla, juzgue que éstos sufrirían de una carencia o vacío fundamental.

Pero afirmar lo anterior equivale a decir que el hombre que escribe su autobiografía se cree, en cierta forma, portador personal de la verdad o, por lo menos, de una verdad importante; se cree, para decirlo claramente, un predestinado; es un hombre con sentimiento de su propio sino. El sentimiento de estar destinado a desempeñar un papel decisivo en su época lo comparten por igual los artistas, los filósofos, los historiadores auténticos. Creo, sin embargo, que aquel que expresamente escribe su biografía tiene un sentimiento más vivo aún de su propia importancia; llega a creer decisivo que se conozcan no sólo sus ideas, sino también la vida en que se forjaron tales ideas; que se conozca, no sólo la verdad, sino al portador personal de tal verdad. Es decir, para mí, el hombre que escribe su autobiografía es el que equipara el receptáculo con el contenido y lo confunde de tal manera, que ya no puede distinguir el mensaje del mensajero, la verdad del instrumento de la verdad; su vida resulta, así, una necesidad histórica, o un azar que era, sin embargo, necesario para que las cosas sean así y no de otra manera. Mas para llegar a tal estado de compenetración con la verdad, es necesario que ese hombre haya tenido en cualquier época de su vida la vivencia de una revelación (por un libro, por un paisaje, por inspiración divina, etc.), y creo que por esto escribe su biografía: quiere apoyar su verdad con su vida, para dar testimonio de ella con un "yo lo sentí" definitivo. Y he aquí otra característica que advierto en el hombre que hace biografía de sí mismo: es alguien que se ha sentido especialmente preocupado por la idea de su propia muerte. ¿No es verosímil que el biógrafo de sí mismo quiera sobrevivir no sólo en una obra

creadora, con su nombre, sino dejando sus rasgos temporales impresos en un autorretrato?

El relato que de su vida nos hace fray Bartolomé en la *Historia de las Indias*, reúne, en mi opinión, las condiciones que he expresado para considerarlo una auténtica autobiografía. Su vida es la historia de una conversión y, como tal, parece exigir unas "Confesiones". Además, si nos fijamos en lo que el propio Las Casas nos dice de los motivos que lo impulsaron a escribir su libro, vemos que el principal de ellos es la "honra y gloria de Dios y manifestación de sus profundos y no escrutables juicios y ejecución de su rectísima e infalible divina justicia y bien universal de su Iglesia" (I, 19). Con esto deja asentado Las Casas el carácter singular de su misión personal y, como veremos, el modo de contarnos su vida nos da la clave de cómo llegó a tal conciencia de su misión y a tal situación privilegiada; por añadidura, nos muestra con evidencia que se sintió impulsado a escribir su autobiografía a causa de este sentimiento de singularidad.

EL MODO DE LA AUTOBIOGRAFÍA

El primer rasgo notable de la autobiografía de Las Casas es que el autor usa, cada vez que interviene en la historia, los pronombres personales *yo*, *él* o *nosotros* muy claramente diferenciados según lo que está refiriendo.

En términos generales, Las Casas usa el *yo* para testificar lo que sabe, de vista o de oídas, sobre las acciones buenas o malas de los hombres a quienes conoció personalmente o sobre los sucesos notables que ocurrieron en su tiempo. Refiriendo, por ejemplo, la crueldad del capitán Juan de Esquivel con unos caciques a quienes mandó quemar vivos, Las Casas nos dice, como final del terrible relato: "Todo esto *yo* lo vide con mis ojos corporales mortales" (II, 266). Y en otra ocasión: "*Yo* lo oí por mis oídos mismos, porque *yo* vine aquel viaje con el comendador de Lares" (II, 215).

Las Casas usa además el *yo* para rechazar con su propia experiencia las falsedades o inexactitudes de otros autores; así cuando habla contra el testimonio de Oviedo (II, 240-241) o contra el de Colón (I, 371).

Finalmente, usa la primera persona singular al referir ciertas peculiaridades de su modo de ser, como por ejemplo que nunca le hicieron probar iguana, a pesar de que muchos le encarecieron su sabor exquisito (I, 217).

Las Casas usa el *nosotros* cuando se refiere a todos los españoles o a la nación española, especialmente cuando habla de que “no fuimos dignos de cumplir la misión de Cristo en estas tierras” (I, 260), confundiendo así con la masa de los hombres de su tiempo y su nación, y juzgándose parcialmente responsable de los actos de conjunto.

La tercera persona singular para hablar de sí mismo aparece cuando Las Casas entra de lleno en el relato de su vida. Se refiere al clérigo o licenciado Bartolomé de las Casas, natural de Sevilla, etc. (II, 385). Es notable que, aun hablando de sí mismo en tercera persona, a veces, al final de un pasaje, pase a la primera poniéndose como testigo, esto es, tratándose como simple actor de hechos, diferente por completo de sí mismo. Buen ejemplo de ello son las páginas en que refiere la entrevista que manda hacer Carlos V entre el clérigo Bartolomé de las Casas y el obispo de Tierra Firme, fray Juan Cabedo, ante su presencia. El clérigo pronuncia un notable discurso, que sería decisivo para alcanzar el favor del Emperador en el negocio que pretendía. Al final de la descripción de aquella junta, en la que quedó tan bien parado *el clérigo*, Las Casas, cambiando de la tercera a la primera persona, nos dice: “Todo esto yo lo vide, estando yo presente” (III, 340-345).

Ahora bien, ¿qué significación tiene este modo distinto de referirse el padre Las Casas a sí mismo? En mi opinión, estos diversos usos de los pronombres significan un esfuerzo por desdoblarse, por dividirse en dos seres diversos: el autor y el actor de la historia. Como autor, Las Casas tiene que hablar en primera persona singular para apoyar lo que dice con toda la fuerza del testigo en presencia de los sucesos que narra. Pues ¿quién podrá contradecir, o con qué argumentos, semejante testimonio de vista, que tiene que basarse, sin embargo, solamente en la confianza que en el autor ponen los lectores? Hablar así, con el *yo* por delante, es querer reforzar los hechos experimentados o darles mayor realidad y

vida. Al presentarse como actor, Las Casas pretende dar por objetivos e indiscutibles, como los otros, los hechos que de sí mismo refiere, darles un matiz de impersonalidad, como corresponde a todo historiador imparcial, científico y serio. Es decir, ambas maneras de referirse a sí mismo son argumentos de la veracidad del autor. ¿Por qué, sin embargo, esta dualidad? Al usar la tercera persona singular, ¿no habrá algo más que el simple querer dar la impresión de imparcialidad? ¿Cuál es la perspectiva desde donde el historiador Las Casas mira al clérigo Las Casas?

No es, desde luego, la perspectiva del tiempo. A mi modo de ver, el autor está hablando con su *yo* desde la Eternidad o desde la Verdad, mientras que el actor se mueve tropezando, bajando y subiendo en la marea de los acontecimientos, en el pecar y el arrepentirse, en el subir y caer, en el padecer y gozar, junto con los demás hombres. He aquí un pasaje simbólico: cuando murió el gran canciller de Carlos V, un flamenco que favorecía el negocio de Las Casas por el bien y remedio de las Indias, prevaleció el obispo de Burgos, cabeza del Consejo de Indias y enemigo mortal del negocio del clérigo; “y pareció subir hasta los cielos, y cayó el clérigo en los abismos” (III, 182). El mundo en que este clérigo se mueve es el mundo de los altibajos, el mundo en que todo favor o bien mundano es caduco, sombra irreal frente a la terrible realidad de la muerte. En cambio, el mundo interior, donde el historiador Las Casas escribe, es el inmutable mundo de lo verdadero, por encima del tiempo y del espacio y más allá de la muerte, desde donde el inmóvil hilo rojo de los designios divinos se distingue en el movedido tejido de la historia.

¿Cuál será, pues, el lazo entre Las Casas autor y Las Casas actor en la *Historia de las Indias*? Porque la identificación entre ambos es cosa cierta; y sin embargo, al ver moverse al clérigo y al oír al fraile historiador desde su libro, advertimos cierta desconcertante diferencia, uno como cambio de voz cuando dice *yo* y cuando dice *el clérigo*.

Si leemos con atención la biografía del clérigo Las Casas, advertimos que se trata de la historia de una conversión, la historia de la transformación de alguien en otro distinto. A mi entender, esa biografía es la relación que el autor Las Ca-

sas hace del camino para alcanzar la verdad, la inmutabilidad desde la cual habla con tanta seguridad a sus lectores. Es decir, Las Casas como autor hace su biografía como actor y se rescata así del flujo histórico y, por tanto, de la muerte; y cuando nos habla es ya, por así decirlo, otro distinto del clérigo a quien retrata en su historia. De ahí el uso de la tercera persona singular y, con ella, la pretensión de imparcialidad. Porque el que dice ser imparcial dice estar en posesión de la verdad y más allá de toda pasión o interés, debilidades humanas. Veamos ahora, a través de un breve análisis de su vida y conversión, ese camino que el clérigo Las Casas recorrió para alcanzar la verdad del autor.

EL HOMBRE DORMIDO

La biografía de Las Casas consta de tres etapas bien definidas: el clérigo antes de la conversión, el despertar gradual a la verdad y a la misión, y la verdad alcanzada definitivamente.

La primera etapa puede caracterizarse por la conciencia que el autor tuvo, más tarde, de que *en aquel entonces* era él un hombre como los demás, un hombre medio, aparentemente sin misión singular, uno de tantos españoles de su tiempo que llegaron a las Indias sobre todo para enriquecerse. Por ejemplo, nos dice que a un cacique llamado Mayobanex le decían *el Cabrón*, y que Pedro Mártir dijo en sus *Décadas* que ése era el nombre del título del pueblo de dicho cacique. Niega tal cosa Las Casas, y añade: "...lo cual yo, que muchas veces lo oí nombrar, yéndome al hilo de la gente, lo nombré, no por honra, sino por escarnio, Cabrón entendí que le habían puesto" (I, 458).

Por otra parte, en numerosas ocasiones nos repite, al contarnos algún suceso importante, que *en ese tiempo* en que ocurrió el suceso (muy lejos del *otro tiempo* en que se descubre destinado a llevar a cabo su misión), por descuido o por inadvertencia no investigó la verdad de cómo sucedió, pudiendo haberla investigado. Así, nos refiere que él conoció y vio en la isla Española a los hombres que se alzaron con Francisco Roldán contra el almirante Cristóbal Colón, y que,

a pesar de ello, no supo ni oyó que el comendador Bobadilla les hubiera dado alguna pena por castigo, “porque —nos dice— en aquel tiempo no tenía yo tal cuidado ni se me dio nada por sabello” (II, 204).

Este Las Casas es, pues, el Las Casas mediocre, que se va al hilo de la gente y no se cura de investigar la verdad. Comparte con sus contemporáneos y amigos el desprecio por el indígena, y no le importan las injusticias que se cometen en la persona de un predestinado, como era el Almirante. Su vivir se reduce a un ir tirando, sin tratar de encontrar un sentido a la vida. Es, como nos dirá, un hombre ciego como los otros, un hombre que, estando despierto, vive, sin embargo, como en profundo sueño. Una vez despierto, al darse cuenta de que entre 1494 y 1508 habían perecido en la isla Española “sobre tres cuentos de ánimas” a causa de la guerra y los trabajos que se impusieron a los indígenas, el autor nos dice: “Esto, ¿quién lo creerá de los que en los siglos venideros nacieren? Yo mismo que lo escribo y vide y sé lo más dello, agora me parece que no fue verdad; pero ya es hecho necesario por nuestros grandes pecados, y será bien que con tiempo lo lloremos” (II, 346). Y en otro lugar: “Hombre hobo que a dos criaturas, que serían hasta de dos años, les metió por la hoya de la garganta una daga, y así degollados los arrojó en las peñas”; tras lo cual comenta: “Todas estas obras y otras, extrañas de toda naturaleza humana, vieron mis ojos, y ahora temo decillas, no creyéndome a mí mismo, si quizá no las haya soñado” (II, 264).

Nos habla aquí Las Casas del hombre dormido, del hombre ciego, a oscuras, que soñó la pesadilla de la conquista de las Indias; del hombre antes que despertase por medio de la luz venida de lo alto.

Es este mismo hombre el clérigo que, acompañando a Narváez por la isla de Cuba, aseguraba las poblaciones por paz y amor con los indios, e iba bautizando a los niños y era testigo de las matanzas que hicieron los conquistadores (II, 525-538); el que los amenaza con quejarse a las autoridades si prosiguen en las crueldades, puesto que él asegura a la gente por medios pacíficos. Pero “... ¿para qué fin, si pensáis, los españoles de que se viniesen [los indios]... a poblar

todos se regocijaban, y el padre clérigo para qué en traerlos y asegurarlos tanto trabajaba? Ciertamente, no para otra [cosa], al cabo, sino para que, poco a poco, en las minas y en los trabajos los matasen, como finalmente los mataron; puesto que [= aunque] este fin no pretendía el padre, y los españoles no pretendían directamente matarlos, sino servirse dellos como de animales, posponiendo la salud corporal y espiritual de los indios a sus intereses, codicias y ganancias, a lo cual seguirseles la muerte no era dubitable, sino necesario" (II, 540-541). El clérigo recibió de Diego Velázquez, como premio a sus eficaces servicios, un buen repartimiento de indios, que compartió con su íntimo amigo Pedro de Rentería, el cual era más dado a rezar y menos entendido en las cosas temporales que el padre; y éste empezó a entender hacer granjerías con los indios y echar parte de ellos en las minas, "teniendo harto más cuidado dellas que de dar doctrina a los indios, habiendo de ser, como era, principalmente aquél su oficio; pero en aquella materia *tan ciego estaba por aquel entonces el buen padre, como los seglares todos que tenía por hijos*, puesto que [= aunque] en el tractamiento de los indios siempre les fue humano, caritativo y pío, por ser de su naturaleza compasivo y también porque de la ley de Dios entendía; pero no pasaba esto mucho adelante de lo que tocaba a los cuerpos... todo lo concerniente a las ánimas puesto al rincón, y del todo punto por él y por todos olvidado" (II, 545-546).

El clérigo era, pues, uno de tantos españoles de su tiempo, codicioso y ciego, aunque buena persona por temperamento; un tibio por excelencia, que abomina de las crueldades y violencias cuando éstas son inútiles; un mediocre satisfecho de sí mismo, de sus virtudes morales y de la prosperidad de sus negocios, íntimamente convencido de que lo que hacía era lo mejor que podía hacerse en las circunstancias que lo rodeaban: ser bueno y a la vez enriquecerse.

Así las cosas, ocupado en sus granjerías como los otros y aprovechándose de los indios cuanto podía (III, 92), Dios fijó en el hombre dormido sus ojos, y lo despertó de aquel profundo sueño. El despertar, sin embargo, no fue a la primera llamada divina. Ya antes, Dios había intentado sacarle de la oscuridad en que vivía por medio de un dominico, que

no quiso absolverle por tener indios en encomienda. El clérigo discutió con el fraile y finalmente tuvo que rendírsele, "...pero en cuanto a dejar a los indios no curó de su opinión" (II, 93).

Era necesario, quizá, que el clérigo fuera sacudido personalmente por la voz reveladora del Creador, sin medianero alguno. Quizá toda conversión grande y verdadera tiene que ocurrir en la soledad e intimidad del hombre con su Dios, y la voz del Altísimo sólo puede escucharse en el silencio, estando el hombre a solas consigo mismo.

LA CONVERSIÓN

El autor nos cuenta que el clérigo Las Casas, mientras preparaba un sermón para predicar en la misa de Pascua de Pentecostés, en Cuba, "comenzó a considerar consigo mismo sobre algunas autoridades de la Escritura, especialmente del Eclesiástico", y llegó a un pasaje que decía que Dios no aprueba los dones de quienes con pecados y daño de sus prójimos ofrecen a Dios sacrificio de lo robado y mal ganado. Comenzó, entonces, a considerar la miseria y servidumbre de los indios y se acordó de lo que había oído en la Española a los dominicos contra el repartimiento y también de su experiencia con el confesor que no quiso absolverlo. Pasó algún tiempo en esta consideración, y cada día más se convencía de que era injusto y tiránico todo cuanto a los naturales se hacía padecer en estas Indias. Y, en confirmación de la verdad descubierta, "desde la primera hora que comenzó a desechar las tinieblas de aquella ignorancia, nunca leyó... en latín o en romance, en cuarenta y cuatro años infinitos, ...cosa en que no hallase o razón o autoridad para corroboración de la justicia de aquestas indianas gentes". Se decide entonces a predicar la verdad descubierta, y "como tenía la reprobación de sus sermones en la mano", acordó dejar los indios y devolverlos a Diego Velázquez. Velázquez se asombró de oírle cosa tan nueva y "como monstruosa, ...mayormente que comenzaba a tener fama de cudicioso... por verle tan diligente en las haciendas y las minas" (III, 92-94).

Desde este momento el clérigo empieza a ser ese *otro*, el

autor en posesión de la verdad. La revelación es súbita, como la claridad en un aposento oscuro cuando se hace la luz; pero, conversión de intelectual (a través de un libro y por razones) como fue la del clérigo Las Casas, esa claridad inundará todo su entendimiento y su ser al correr de los años, cuando, poco a poco, por medio de lecturas y observaciones directas, deseche totalmente su ignorancia. Estas consideraciones han nacido de la lectura de los pasajes en que Las Casas habla de la esclavitud del negro. En efecto, nos dice que el clérigo puso por obra su convicción de la injusticia que se cometía con poner en servidumbre a los indios, y buscó el remedio yendo a España a conseguir para ellos libertad y buen trato. Cuando logró el favor del gran canciller de Carlos V, se le pidieron unos memoriales en que diera a conocer sus proyectos para la reforma de las Indias. Como algunos encomenderos españoles residentes en las Islas supieran lo que el clérigo pretendía, y como veían que ciertos dominicos se negaban a absolverlos en confesión, dijeron al padre que si les traía licencia del Emperador para traer de Castilla una docena de negros esclavos, dejarían libres a los indios. “Este aviso de que se diese licencia para traer esclavos negros —nos dice el autor— [lo] dio primero el clérigo Casas, no advirtiendo la injusticia con que los portugueses los toman y hacen esclavos; el cual, después de que cayó en ello, no lo diera por cuanto había en el mundo, porque siempre los tuvo por injusta y tiránicamente hechos esclavos, porque la misma razón es de ellos que de los indios” (III, 177).

Así, de una verdad particular —la injusticia que se cometía destruyendo y cautivando a los indios, a individuos libres de suyo como pertenecientes a pueblos distintos y pacíficos, aunque infieles—, el clérigo Las Casas llega a una verdad universal —la injusticia de tales acciones, no en una gente o raza particular, sino en todo el linaje humano. La comprensión de esa verdad nace en él cuando, una vez traídos los negros a las Islas, ve con sus propios ojos cómo perecen a causa de los trabajos que realizan en los ingenios; aunque antes, nos dice, “teníamos por opinión que si no se ahorcaba negro, nunca moría, porque nunca habíamos visto negro de su enfermedad muerto” (III, 275-276). Es, pues, por medio de una

suma de experiencias como el clérigo Las Casas rechaza la simple opinión para llegar a la verdad que sustenta; y así, de simple defensor de los indios, se convierte en defensor, en general, de los débiles y oprimidos, como el hidalgo don Quijote de la Mancha.

Involuntariamente recordé el capítulo iv de la primera parte del libro de Cervantes al leer cierto pasaje de la *Historia de las Indias*. Cervantes nos cuenta cómo al salir de la venta don Quijote, ya armado caballero, “le pareció que de la espesura de un bosque que allí estaba salían unas voces delicadas, como de persona que se quejaba”. Acercóse el caballero a indagar de quién eran esas voces, dando gracias al cielo porque le deparaba la ocasión de deshacer un agravio, y encontró allí a un muchacho que, atado a una encina, “desnudo de medio cuerpo arriba, ...le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen tallo”. El labrador era Juan Haldudo el Rico, y el muchacho era su pastorcillo, castigado por haber descuidado el hato del amo. Don Quijote, con voz airada, reprocha al labrador su cobardía y, tomándolo por un caballero, lo reta a duelo. Juan Haldudo, al ver sobre sí “aquella figura llena de armas blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto”, y desató al muchacho prometiendo hacer cuanto le ordenara don Quijote. Éste se partió de allí; pero una vez ido, el cruel labrador, asiendo del brazo a su criado, “le tornó a atar a la encina, donde le dio tantos azotes, que lo dejó por muerto... Y desta manera —nos dice con irónica amargura Cervantes— deshizo el agravio el valeroso don Quijote”.

El pasaje de la *Historia de las Indias* es el siguiente: Las Casas llega de España (por primera vez) para quitar los repartimientos de la Española. Acaba de recibir las provisiones del cardenal Cisneros para que lleve a cabo tal propósito. Es, pues, su primera salida de quijote en estas Indias. De camino hacia Santo Domingo, pasa por la isla de San Juan de Puerto Rico. En este lugar, un cruel encomendero se quejaba con el visitador de que uno de sus indios, o no le servía bien, o se había huído. El visitador hizo amarrar a un poste al infeliz indígena y le dio tan crueles azotes que lo dejó medio muerto. “Oyó los azotes el clérigo, porque pasaba por allí; fue

allá luego, y, con vehemente compasión y autoridad, increpa al cruel visitador la injusticia que hacía, el cual todo confuso ninguna cosa le osó decir; pero quitado el clérigo de allí, creo, si no me he olvidado, que tornó a azotar al indio" (III, 141-142).

La única diferencia fundamental es que, mientras don Quijote (aunque no Cervantes) se fue de allí convencido de haber deshecho un agravio, el clérigo supo que su intervención había sido ineficaz. Y es que el quijote Las Casas, clérigo, tenía menos fe que el buen hidalgo de la Mancha; era menos idealista porque en su personalidad se juntaban la nobleza de ánimo de don Quijote y el amargo conocimiento de la realidad de Miguel de Cervantes. No era sólo un caballero andante elegido por Dios, sino también un pobre mortal, conocedor de sí mismo y de las flaquezas humanas.

Y así encontramos que nuestro personaje, de Quijote metafórico, se nos transforma en miembro de aquella orden de caballería que apoya su obrar en la experiencia y la razón, tal como lo hizo otro pariente espiritual del hidalgo de la Mancha, San Ignacio de Loyola. En efecto, nosotros creemos encontrar en el clérigo Las Casas de esta segunda etapa los mismos sueños caballerescos de San Ignacio y también su desenvoltura para moverse entre las cosas temporales. La obra apostólica del clérigo Las Casas está extrañamente mezclada de pasión y de cálculo, de utopía y realismo, de pureza personal y de transacción con los intereses de este mundo. Nada más revelador, para aclararnos este doble aspecto de Las Casas, que su proyecto de colonización cristiana en Venezuela (aprobado por Carlos V), según el cual iría a poblar la tierra con cincuenta amigos suyos de la Española, buenos cristianos, que se moverían más por virtud que por codicia, y que pondrían los gastos necesarios para llevar a cabo la empresa. La colonización se realizaría por medios pacíficos, tratando y contratando por amistad con los indios; los cincuenta irían vestidos de paño blanco, con ciertas cruces rojas como las de Calatrava, para que los naturales creyeran que ésta era otra gente distinta de los españoles que conocían (III, 279-280). Entre otras mercedes que pidió para los cincuenta, estaba la de que se les armase caballeros de espuelas

doradas y que tuviesen armas y divisas propias para sí y para sus descendientes (III, 282). Por supuesto, los dichos caballeros tendrían también pingües ganancias en oro y perlas, y el Emperador no menos, aunque no hubiera gastado un céntimo en la empresa.

El propio autor nos cuenta cómo esta transacción con los intereses temporales de los hombres fue causa de que algunos le criticaran; pero, nos explica, les contestó diciendo que se había decidido a comprar a Cristo, puesto que no se lo habían querido dar graciosamente (III, 308-309).

Cuando, después de una dura lucha con sus opositores del Consejo de Indias, trata finalmente de llevar a cabo sus planes, el clérigo se encuentra con que los labradores que había traído para poblar se habían ido con ciertos salteadores a robar indios (III, 374). Entonces hace una transacción más grave aún: se asocia con los oidores de Santo Domingo, que tenían claro interés en las riquezas de la tierra a él encomendada, y acepta ciertas deshonrosas condiciones, como, por ejemplo, que si no quisiesen los indios venir a la fe, los declarase el clérigo como infieles, y entonces podrían ser cautivados en guerra y hechos esclavos. Ceguedad era, nos dice el autor, pensar que tales cosas “había el clérigo de cumplir, teniéndolo por buen cristiano y no cudicioso y que moría por libertar y ayudar a salvar” a los indios (III, 373).

La colonización, como era de esperarse, fracasó rotundamente por la codicia de los españoles, a pesar de las precauciones que tomó el clérigo. Los indígenas mataron a un fraile lego y a varias personas más, y los que quedaron con vida tuvieron que salir huyendo, mientras Las Casas, ignorante de todo, iba hacia España a pedir se atajasen los abusos de sus compañeros con algún remedio definitivo. Al final de esta extraña aventura, mitad caballeresca, mitad comercial, el clérigo despierta definitivamente de su sueño y alcanza la verdad eterna.

EL DESPERTAR

Hemos visto las dos primeras etapas de la vida del clérigo Las Casas, donde nos aparece con claridad, en la primera, la

conciencia que más tarde tiene el autor de haber sido un hombre dormido, a oscuras, un hombre como la mayoría de los conquistadores que llegaron a estas tierras; en la segunda, cómo experimentó el clérigo la llamada de Dios y cómo se puso en camino para alcanzar totalmente la verdad descubierta y, con esto, cómo empezó a ser otro hombre por completo distinto del que antes era.

La tercera etapa se caracteriza y se liga con la anterior por la conciencia que el autor tiene de que el clérigo Las Casas era un predestinado, llamado a dar a conocer la verdad al linaje humano. El clérigo entra al fin, sin tinieblas, en posesión de esa verdad definitiva que lo constituye en una necesidad histórica.

A) *El predestinado*

El autor Las Casas nos habla a veces, antes de entrar de lleno en la biografía del clérigo Las Casas, de que nadie puso cuidado en los indios ni hubo nadie que clamase o volviese por ellos. Los naturales eran considerados por el Consejo de Indias y por los reyes mismos como animales, antes que Dios pusiese quien “este sueño y tupimiento de juicio y falsedad averiguada a los reyes y al mundo declarase” (II, 270-271). Porque aquellos hombres piadosos que, antes que el clérigo, se movieron en defensa del indígena, como fray Pedro de Córdoba, por una causa o por otra no lograron sus propósitos (II, 490).

La revelación del mandato divino le llega al clérigo cuando se decide a ir por primera vez a España (aunque no tenía ni un maravedí, sino sólo una yegua) a dar noticia a los reyes de los males del repartimiento. Su intención se le corrobora de la siguiente manera: esperaba, para partir, que Pedro de Rentería volviese de Jamaica, pues no quería que su hacienda sufriese daño alguno, y el clérigo había dejado en manos de Diego Velázquez los repartimientos de indios que poseía en común con su amigo. Rentería llegó de Jamaica, donde había estado por cuaresma en unos ejercicios espirituales, y donde le vino al pensamiento (como después contó al clérigo) la opresión de los indios y la decisión de ir a Cas-

tilla a hablar con el Emperador para aliviar sus males. "Oído por el padre clérigo su motivo y causa, quedó admirado y dio gracias a Dios, pareciéndole que debía ser su propósito de ir a procurar el remedio destas gentes divinalmente ordenado, pues . . . sin saber dél [de Rentería], antes, como se dijo, estando muy apartados, se le confirmaba" su vocación (III, 96-97). Rentería cede a su amigo Las Casas, considerando que éste era letrado, el privilegio de la misión revelada simultáneamente a ambos. Le da también dinero para su viaje, obteniéndolo de la venta de los bienes que había traído de Jamaica, y con este dinero pudo el clérigo sostenerse en la Corte durante dos años (III, 98).

Como vemos, Dios no sólo confirmó la intención del clérigo Las Casas por una clara revelación, sino que, además, le proporcionó los medios materiales necesarios para realizar sus propósitos.

Todo este primer viaje está, al principio, lleno del favor divino. Las dificultades se le allanan, los caminos se le abren; los influentes le dan cartas de recomendación para hablar con el Emperador. Sin embargo, pronto empiezan los obstáculos, humillaciones y grandes trabajos. Los enemigos de sus propósitos procuran ponerle delante las tentaciones de este mundo para que desista de su negocio; "pero así como la divina misericordia tuvo por bien sacarle de las tinieblas en que *como todos los otros* perdido andaba, y a lo que después pareció *lo eligió Dios* para con increíble conato y perseverancia declarar y detestar aquella pestilencia tan mor[t]al que tanta disminución y estrago ha hecho en la mayor parte del linaje humano, así misericordiosamente obró con él quitándole toda cudicia de cualquier bien temporal particular suyo; poco le movieron las caricias y blanduras. . . , y la esperanza que dellas pudiera el clérigo tomar, para dejar de proseguir el propósito que Dios le había inspirado" (III, 110).

Aquí están, claramente expuestas por el autor, tanto la misión divina del clérigo como su conciencia de haber sido antes de la conversión igual que los demás hombres. Aquí, también, y sobre todo al relatar la prosecución de su negocio, nos cuenta cómo el clérigo descubre dicha misión por los trabajos, aflicciones y contradicciones que, según el autor,

tienen que sufrir las grandes empresas que Dios encomienda a sus elegidos. Esto último aparece con mayor claridad en el siguiente pasaje, cuando nos habla de Colón, otro predestinado: “¡Con cuánta dificultad las cosas buenas y de importancia se consiguen! ¡Con cuánta zozobra, contradicciones, angustia, repulsa y aflicciones quiere Dios que, los que por instrumento y medio de su consecución elige, sean afligidos...! ¡Cuánta perseverancia, constancia, sufrimiento, paciencia y tesón en la virtud deben tener los que se ofrecen a servir a Dios en las cosas egregias y grandes hasta que las alcancen!” (I, 170).

Y así como muchos de los que afligieron al Almirante fueron castigados por Dios, en esta o en la otra vida (según puede verse a lo largo de la biografía que hace Las Casas de Cristóbal Colón), así también los que humillaron al clérigo sufren la misma suerte, pues a éstos “permitió Dios después que se ingiriesen en negocios donde hicieron a estas gentes [los indios] hartos daños, para [que] quizá todo junto, con los desfavores que dieron al clérigo, en la otra vida lo pagasen; y aun en ésta fueron infelices al cabo”, buena prueba de los designios providenciales (III, 110).

Los altibajos o dificultades y favores alternados que Dios mismo puso en el negocio del clérigo elegido, procurándole así, a veces, grandes amarguras (esa especie de dialéctica providencialista en la historia, que el autor Las Casas considera el método de la Divinidad para alcanzar sus fines), están muy claros a lo largo de la biografía de nuestro personaje, y podríamos muy bien seguirlos aquí, paso a paso; pero, por no extendernos demasiado, pondremos sólo unos ejemplos importantes.

El clérigo alcanza el favor del gran canciller de Carlos V. El gran canciller le ordena que haga sus memoriales para proponer el remedio de los indios. Y ésta fue “la segunda vez”, nos dice el autor (la primera fue cuando alcanzó el favor del cardenal Cisneros), “que parecía poner Dios en manos del clérigo el remedio y libertad y salud de los indios; sino que luego, por una vía o por otra, todo se desbarataba, como adelante parecerá” (III, 172). En efecto, la prosecución del negocio es estorbada, primero, porque cae enfermo el clérigo

Las Casas; segundo, porque, sano el clérigo, enferma el obispo de Burgos, cabeza del Consejo de Indias, y, finalmente, a punto ya de llevarse a cabo la junta del gran chanciller y el obispo, aquél muere después de una breve enfermedad, del todo imprevista. Y así, “muerto el gran chanciller, cierto, murió por entonces todo el bien y esperanza del remedio de los indios; y ésta fue la vez segunda que, pareciendo estar muy propincua la salud de aquestas gentes, por los juicios de Dios secretos se les deshizo, de tal manera que pareció del todo ser la esperanza perdida. Prevalció luego el obispo [en el poder] y pareció subir hasta los cielos, y cayó el clérigo en los abismos” (III, 181-182). Más adelante, y no sin todo género de nuevas contradicciones, nuestro personaje alcanza de nuevo el favor de Carlos V para realizar sus proyectos. El autor, ante este hecho, se siente emocionado porque un simple clérigo, pobre y sin rentas, ha alcanzado tanta gracia, no por industria humana, sino sólo por el favor que Dios quiso darle (II, 307-308).

Ya tenemos, pues, bien entendido el carácter divino de la misión del clérigo. Sin embargo, para mí el más claro síntoma de la predisposición del autor a considerar al clérigo como un predestinado es la disimulada y poco feliz alegoría que hace de su nombre cuando, contestando al Obispo de Burgos, hace decir en su libro al doctor La Fuente, uno de los predicadores del Emperador que se movieron ante el Consejo de Indias para apoyar las pretensiones del clérigo Las Casas: “No anda, señor, por aquí Casas, sino la casa de Dios” (III, 291).

La victoria que el clérigo obtuvo sobre sus enemigos se debe, en última instancia, según el autor Las Casas, al favor divino y a la sola virtud de la verdad (II, 336 y 353). En posesión de esa verdad (la injusticia que se cometía contra los indios, hombres libres, esclavizándolos y destruyéndolos, y la posibilidad de atraerlos a la fe por medios evangélicos y cristianos), el clérigo emprende la fracasada aventura de colonización en Tierra Firme. Ahora sólo nos resta hallar al hombre nuevo que salió de esa desdichada empresa, al hombre que despertó definitivamente de su sueño y que más tarde se convirtió en el autor.

B) *El autor, o la verdad alcanzada*

¿Por qué fracasó la aventura del clérigo Las Casas, a pesar de que ya poseía la verdad?

El autor Las Casas nos cuenta que, de camino hacia la ciudad de Santo Domingo para de allí partirse a España, estaba el clérigo dormido bajo la sombra de un árbol, ignorante del desastre que había sufrido la gente que había dejado en Tierra Firme con los frailes. Ciertos compañeros que con él iban, preguntaron a unos caminantes por las nuevas de la ciudad, y éstos contestaron: "No hay otras sino que los indios de la costa de las perlas han muerto al clérigo Bartolomé de las Casas y a toda su familia". En eso "despertó el clérigo como de un abismo y, entendidas las nuevas, no supo qué decir, ni si lo creer; pero... comenzó a temer y a creer que... todo cuanto había por aquesto trabajado [era ya] perdido, y como después cognoció más destas cosas, juzgó haber sido juicio divino que le quiso castigar y afligir por juntarse a hacer compañía con los que él creía que no le ayudaban ni favorecían por Dios ni por celo de ganar las ánimas... , sino por sola cudicia de hacerse ricos, y parece que ofendió a Dios, maculando la puridad de su negocio espiritualísimo y fin que sólo por Dios pretendía (que era ayudar [a] los religiosos y él andarse con ellos alumbrando aquellas gentes con la predicación de la fe y cristiana doctrina) con la basura e impuridad terrenísima de medios tan humanos y aun inhumanos y tan desproporcionados de los que llevó Jesucristo". Sin embargo, parece que Dios vio solamente la intención del clérigo "... y por eso lo escapó de aquella muerte que con los demás pasara" (III, 381-382).

Fue, pues, la transacción con los intereses de este mundo el motivo del fracaso de la empresa del clérigo Las Casas. Fue el haber manchado la verdad que poseía con la falsedad de los medios impuros que usó para realizarla. Y así, en esta parte final de la autobiografía nos encontramos con que nuestro clérigo de la segunda etapa, de quijote a la manera ignaciana vuelve a una especie de quijotismo primitivo superado, a un quijotismo que es la conquista de la verdadera inocencia, la cual no es ya utopía ni simple intuición de la realidad, sino

plena consciencia de ella y del propio yo y, por tanto, equilibrio o proporción entre la realidad y el deseo, entre el fin y los medios, tal como a nosotros nos parece que le ocurrió al Quijote verdadero al ver acercarse la muerte a su lecho, cuando de caballero de la Mancha se transformó en Alonso Quijano el Bueno. El fruto del fracaso de la empresa del clérigo Las Casas (fruto, también, de su posible muerte, de la presencia de la muerte en su vida) fue la certidumbre de que la posesión de la verdad exige la pureza intacta del que la lleva; de que el portador de la verdad tiene que ser como un cristal por donde la realidad pueda ser contemplada y transformada por el ojo divino.

Pero el "hombre viejo", el clérigo Las Casas, todavía se resiste a morir y renacer en otro nuevo. No puede renunciar del todo a su propio yo, abandonándose a la mirada de la Providencia. Es necesario que la imagen de la muerte le atravesase el alma de parte a parte para que pueda determinarse a la completa negación de sí mismo y a alcanzar, así, la verdad y la victoria sobre la muerte.

En efecto, el autor de la *Historia de las Indias* nos cuenta que el clérigo escribió cartas al Emperador para darle noticia de cuanto había ocurrido en Tierra Firme, y que, mientras esperaba la respuesta, el dominico fray Domingo de Betanzos le aconsejaba que se hiciera fraile. Pero el clérigo le contestaba que esperaría, primero, las noticias de Su Majestad para poder decidirse. Entonces el fraile le dijo: "Decid, señor padre, si entre tanto vos os morís, ¿quién rescibirá el mandato del Rey o sus cartas?" Estas palabras "le atravesaron el alma" al clérigo; "desde allí, comenzó a pensar más frecuentemente en su estado, y al fin determinó de hacer cuenta que ya era muerto, cuando las cartas o respuestas del Rey allegasen; y así, pidió el hábito con instancia y se lo dieron con mucho gozo y alegría de los frailes y no menos de toda la ciudad y de todas las Indias, desde que lo supieron, aunque de diferente manera los frailes y los seglares se gozaron": los frailes espiritualmente, por la conversión del clérigo; los seglares "porque vían faltalles, como si lo vieran enterrado, aquel que les estorbaba los robos que hacían" (III, 386-387).

Muere, pues, el clérigo para renacer en el fraile y autor

de la *Historia de las Indias*. Muere para sí mismo y para el mundo, para resucitar como el hombre de la misión definitiva y la verdad alcanzada. “Resucitó, a lo que puede creerse, por voluntad de Dios, . . . para estorbar algunos males que estorbó con el favor divino. . . y para mostrar al mundo con el dedo, como el sol, el estado peligroso en que muchos vivían y el sueño letárgico y profunda ceguedad que los descuidaba, en no tener por pecados los que nunca otros tan graves ni tantos se cometieron después que los hombres comenzaron y supieron pecar” (*ibid.*).

Así termina la historia del clérigo Las Casas y comienza la del fraile e historiador Bartolomé de las Casas. No poseemos los datos concretos de la vida de este último, pero tampoco los necesitamos. La obra escrita del autor Las Casas, el que habla en primera persona, es la clave de su vida posterior: es el fraile historiador en posesión de la verdad y por encima de la muerte, que se apresura a cumplir su misión histórica necesaria comunicando esa verdad a todo el linaje humano.